

Diario de Covid-19 / día 10: «Lo que he aprendido»

«He aprendido que, cuando esto pase, el mundo no puede ser como era. Esto debe haber sido ser suficiente para que, a partir de ahora, seamos mejores»

De joven, tenía en mi habitación una postal con un pensamiento de **Tagore** que vi en algún sitio y me gusto tanto que la compré: «**No llores porque el sol se oculta, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas**». Sí, ya sé que es una **frase para adolescentes impresionables** como toda esa pseudoliteratura de autoayuda, pero [mi página de ayer](#) de este diario del enclaustramiento destilaba un **poso de amargura y un ramalazo de desesperanza** que no me puedo permitir. Que no nos podemos permitir. Porque en esta aventura, vamos todos de la mano.

Lo que he aprendido es que hay muchas personas -unos amigos o familiares míos, otros lectores anónimos que no tengo el gusto de conocer- que siguen **estos renglones como si fueran líneas de vida, un hilo que nos va atando los unos a los otros** como esas cordadas de alpinistas anudados para que ninguno se caiga. He aprendido que en esta montaña rusa de emociones compartidas, unos días nos toca llorar y otros, reír. Estamos **obligados a sonreír a la vista de todos, pero no tenemos derecho a llorar en público**. Lo que he aprendido es que las lágrimas, tan purificadoras cuando son de compunción, nos nublan la vista y nos impiden ver a lo lejos.

Las **estrellas están ahí arriba, basta enjugarse el llanto**, levantar la vista y contemplarlas. Yo las he visto salir hoy domingo. No en el firmamento, sino asomadas a un balcón a no más de treinta pasos en línea recta desde mi casa. **Estaba delgado al cabo de doce días hospitalizado y llevaba mascarilla**, perfectamente reconocible a pesar de las sombras de la anochecida. Y a las ocho, cuando los aplausos, batía palmas. **¡Pablo había vuelto a casa!** En el hospital Macarena le habían dado el alta esta misma tarde y, emocionado, con lágrimas en los ojos, **salió al balcón a dar las gracias** por los desvelos de todo el personal hasta que ha remitido la infección. Gracias a Dios.

Nuestras ovaciones son de agradecimiento en abstracto, de forma genérica a los sanitarios, pero las tuyas tenían nombre y apellidos: desde los doctores **Rodríguez-Baño y Salamanca** que han estado a la cabeza de la compañía que ha peleado su curación hasta las limpiadoras **Lola y Loli** que le daban palique en los días de duro aislamiento en la UCI. Pablo aplaudía por todos ellos, sus ángeles de la guarda. Y en la ventana de casa, **mis tres mujeres lloraban emocionadas**. ¡Como para no estarlo!

Su mujer, **Yolanda**, que [ya se ha asomado otro día a este palimpsesto](#) que vamos componiendo entre todos, me hizo llegar un escrito cuyo título me he apropiado para así **homenajear a una heroína que paró el contagio con sus propias manos** al principio de todo, hace más de quince días, cuando nadie quería malgastar un test en confirmar la infección. **Que se encerró con su hija con un coraje admirable** y que evitó que el virus dejara su implacable estela por el colegio, entre los vecinos, en el barrio... **Esa valiente que aisló en casa a su marido se merece que yo me calle para que oigamos su voz:**

«He aprendido **lo frágil que es el hombre creyéndose todopoderoso** cuando un bichito invisible ha llegado con la fuerza de un tsunami destructor y amenaza con arrasar, no solo la economía de los pueblos, sino la salud, que es lo que verdaderamente importa.

He aprendido que hay **gente buena, buenísima**, que se pone al servicio del que lo necesita de forma incondicional y de corazón y hay **otros que se escabullen y se escurren**, se hacen invisibles o hacen como que no se han enterado para no verse en el compromiso de tener que ayudarte.

He aprendido lo importante que es **volver a cultivar valores como la solidaridad, la**

fraternidad, la generosidad, la confianza, la gratitud, la caridad, la paciencia, la fe...

He aprendido la **necesidad inmensa que tenemos de la Misericordia de Dios**. He aprendido el **valor inigualable de las personas que se dedican a cuidar** de los demás: sanitarios, funcionarios públicos y todos los que trabajan en servicios que son esenciales para todos...

He aprendido que **la incompetencia de algunos ha llevado a todo un pueblo al precipicio**. He aprendido que, cuando esto pase, **el mundo no puede ser como era**. Esto debe haber sido suficiente para que, a partir de ahora, seamos mejores en todos los sentidos«.

Por fin, **buenas noticias. Excelentes**. Reconozco que la página del diario del día anterior es la que más comentarios suscitó. Hubo, y lo asumo, quien me recriminó haber usado el título para contradecirlo en el texto. Y quien vio más allá.

Gonzalo me dijo: «Discrepo, sí has traído una Buena Nueva: **Dios te ama a ti y de una forma infinita**. ¿Te parece poca buena noticia?«. Silvia, agradecida, escribió: »Nos **basta que rompas con tus palabras el hielo del miedo** que nos bloquea«. María José apuntó: »Yo **sí tengo una buena noticia: la familia está más unida** que nunca«. Y Ana repuso: »¡La buena noticia del día! Hoy **es domingo y la santa misa llegará a muchos hogares**, las familias se reunirán a rezar en el salón de su casa, ¡alegrémonos!«.

Tenemos motivos para alegrarnos. Incluso **en plena Cuaresma, en plena cuarentena**. Por algo ha sido **domingo de Laetare: domingo de la Alegría**. Que las lágrimas no te dejen sin ver las estrellas, sin sentir la alegría de tener a los que se curan de vuelta aún en medio de la pena.

Se acabó la jornada. Ya saben lo que les voy a decir: **«Tengan cuidado ahí fuera»**.

Fuente: sevilla.abc.es